

IV.

Hoy, por la fuerza misteriosa de las cosas, Turquía ha caído y España también.

En el momento en que escribimos esto, los asignados (1), esa última polilla de las viejas sociedades podridas, devora al imperio turco.

Hace ya largo tiempo que otra nación tiene á Gibraltar, como el salvaje que cose á su manto la uña del león.

Así que, en menos de doscientos años, los dos colosos que espantaban á nuestros padres se han desvanecido.

¿Esto quiere decir que la Europa haya quedado libertada? No.

Como en el siglo diez y siete, un doble peligro la amenaza. Los hombres pasan, pero el hombre queda; los imperios caen, los egoísmos se reforman. En la actualidad, lo mismo que hace doscientos años, dos inmensos egoísmos oprimen á Europa y la miran con ojos codiciosos. El espíritu de guerra, de violencia y de conquista está todavía en pie en el Oriente; el espíritu de comercio, de intriga y de aventuras está todavía en pie en el Occidente. Los dos gigantes no se hallan colocados á su gusto y han subido hácia el Norte, como para asir el continente de más alto.

A Turquía sucedió Rusia; á España sucedió la Inglaterra.

Cortad con el pensamiento en el globo un segmento que, girando alrededor del polo, se extienda del cabo Norte europeo al cabo Norte asiático, de Torna al Kamtchatka, de Varsovia al golfo de Anadyr, del mar Negro al mar de Okhotsk; y que al Poniente pellizcando la Suecia, bordeando el Báltico, devorando la Polonia, al Mediodía cercenando la Turquía, absorbiendo el Cáucaso y el mar Caspio, invadiendo la Persia, siguiendo la larga cadena que comienza en los montes Urales y acaba en el cabo Oriental, costea el Turkestan y la China, tropieza con el Japon, por el cabo Lopatka, y salido del centro de Europa, vaya al estrecho de Behring á tocar en la América á través del Asia; además de la Polonia, arrojad confusamente en ese monstruoso segmento la Crimea, la Georgia, el Chirvan, la Imiretée, la Albania, la Armenia y la Siberia; agrupad alrededor las islas de la Nueva Zembla, Spitzberg, Vaigatz y

(1) En Turquía se llaman *schim*.

Kalgouef, Aland, Dagho y Oesel, Clarke, San Mateo, San Pablo, San Jorge, las Aleutiennes, Kodiak, Sitka y el archipiélago del Príncipe de Galles; esparcid en este inmenso espacio sesenta millones de hombres y tendreis la Rusia.

La Rusia tiene dos capitales: una coqueta, elegante, recargada de enormes baratijas del gusto Pompadour, que las han convertido en palacios y catedrales, embaldosada de mármol blanco, construida ayer, habitada por la corte y honrada por el emperador; la otra, cargada de cúpulas de cobre y minaretes de estaño, sombría, inmemorial y repudiada. La primera, San Petersburgo, representa Europa; la segunda, Moscou, representa Asia. Como el águila de Alemania, el águila de Rusia tiene dos cabezas.

Rusia puede poner en pie de guerra un ejército de un millon cien mil hombres.

El posible desbordamiento de los rusos hace reparar las murallas de la China y levantar las murallas de Paris.

Lo que era el gran knez de Moscovia es actualmente el emperador de Rusia. Comparad las dos figuras y medid los pasos que Dios hace andar al hombre.

El knez se hizo tzar, el tzar se transformó en czar, y el czar se ha hecho emperador. Estas transformaciones, digámoslo sin empacho, son verdaderas transformaciones brahmánicas. Cada piel de que se despoja vuelve al príncipe moscovita más y más parecido á la Europa, es decir, á la civilización.

Mientras tanto no olvide la Europa que parecerse no es identificarse.

Inglaterra tiene la Escocia y la Irlanda, las Hébridas y las Orcades: con el grupo de las islas Schetland, separa la Dinamarca de las islas Feroé y de la Islandia, cierra el mar del Norte y observa á Suecia; con Jersey y Guernesey cierra la Mancha y observa á Francia. Luego parte, gira alrededor de la península, fija su influencia en Portugal y su talón en Gibraltar, y entra en el Mediterráneo una vez tomada la llave de él. Atraviesa las Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia; aquí se detiene, encuentra á Malta y se instala allí entre Sicilia y Túnez, entre Italia y África; de Malta pasa á Corfú, desde donde vigila á Turquía, cerrando el mar Adriático; adquiere San Mauro, Cefalasia y Zante, desde donde vigila la Morea, dominando el mar Jónico, y se fija en Cérigo, desde donde vigila á Candia, bloqueando el Archipiélago. Aquí tiene que retroceder; Egipto

le obstruye el paso, el istmo de Suez no está aun cortado; tiene que volver atrás y entra en el Océano. Dada la vuelta á España, esa pequeña península vá á dar la vuelta al África, esa península enorme. El trayecto es difícil en esa playa, en que un Océano de arena se mezcla á un gran Océano de olas; pero ella coloca puestos en donde apoyarse para todos los pasos que dé, como el hombre que atraviesa con precaucion un vado de piedra en piedra. Ella pone primero el pie en Saint-James, en la embocadura de la Gambia, desde donde espía el Senegal francés. Su segundo paso se imprime en la costa, en Cacheo; el tercero en Sierra-Leona; el cuarto en el cabo de Córcega. Luego se arriesga á entrar en el Océano Atlántico, y reúne debajo de su pabellon la Ascension, Santa Elena y Fernando Póo, triángulo de islas que se internan profundamente en el golfo de Guinea. Así apoyada, llega al cabo y se apodera de la punta del Africa, del mismo modo que se apoderó de Gibraltar, que es la punta de Europa. Del cabo sube hacia el Norte, por el otro lado de la península africana; aborda las Mascarenhas, la isla de Francia y Puerto-Luis, desde donde tiene á raya el Madagascar, y se establece en las islas Seychelles, desde donde impone su dominio en toda la costa oriental del cabo Delgado al cabo Gardafú. Aquí ya no hay más que el mar Rojo que la separa del Mediterráneo y del Archipiélago. Inglaterra ha dado la vuelta al África; ha vuelto casi al mismo punto de donde partió. Hé aquí el mar de las Indias, hé allí el Asia.

Inglaterra entra en Asia; de las Seychelles á las Laquedives no hay más que un paso; así que toma las Laquedives; despues extiende la mano y ase el Indostán, todo el Indostán, Calcuta, Madras y Bombay, esas tres provincias de la compañía de las Indias, grandes como inferiores; y siete reinos, Nepaul, Onda, Barode, Nagpour, Nizam, Maïssour y Travancore. Al llegar allí se encuentra con Rusia; solo las separa el Turkestan chino. Dueña del golfo de Oman, que cerca la inmensa costa que posee de Hayderab á Trivanderam, coge la Persia y la Turquía por el golfo Pérsico, que puede cerrar, y el Egipto por el mar Rojo, que puede bloquear igualmente. Indostán le dá Ceilán. Desde Ceilán se desliza entre las islas Nicobar y las islas Andammans; toma tierra en la larga costa de los montes Mogs, en la Indo-China, y hé aquí que se hace dueña del golfo de

Bengala. Tener el golfo de Bengala es imponer la ley al imperio de los Birmanes. Los montes Mogs le abren la península de Malacca, en la cual extiende su poder y se consolida. Desde Malacca observa á Sumatra y desde las islas Sincapour observa á Borneo. De esta manera, poseyendo el cabo Romanía y el cabo Comorin, tiene las dos grandes puntas del Asia, como tiene la punta de Europa y tiene la punta del Africa.

Actualmente ataca la China á viva fuerza, despues de haber tratado de emponzoñarla, ó á lo menos de adormecerla.

Pues aun no es esto todo; quedan dos mundos, Nueva-Holanda y América, á los que echa la mano. Partiendo de Malacca, atraviesa el grupo inextricable de las islas de la Sonde, esa conquista de la vieja navegacion holandesa, y se apodera de la Nueva-Holanda, tierra virgen, que hace fecunda con el trabajo de los presidiarios, y que guarda celosamente, artillándola en las islas Bathurs al Norte y en la isla de Diémen al Sur, como si fuesen dos fortalezas.

Despues sigue el camino de Cook, deja á su izquierda los seis archipiélagos de la Oceania, bordea por delante la larga muralla de las cordilleras y de los Andes, dobla el cabo de Hornos, sube por las costas de la Patagonia y del Brasil y toma tierra, en fin, debajo del Ecuador, en la cima de la América meridional, en Stabrock, donde crea la Guyana inglesa. Da un paso y se hace dueña de las islas del Vent, ese grupo de islas que cierra el mar de las Antillas; dá otro paso y se hace dueña de las islas Lucayas, extensa barricada que cierra el golfo de Méjico. Hay veinticuatro pequeñas Antillas; pues toma doce: hay cuatro grandes Antillas: Cuba, Santo Domingo, la Jamaica y Puerto-Rico; se contenta con una, la Jamaica, desde donde incomoda á las otras tres. En seguida, en medio mismo del istmo de Panamá, á la entrada del golfo de Honduras, corta en tierra firme un pedazo de Yucatan, y fija allí su establecimiento de Balixe, como una garita entre las dos Américas. Allí, sin embargo, Méjico la tiene en jaque, y más allá de Méjico los Estados-Unidos, esa colonia cuya nacionalidad es una afrenta para ellas; se reembarca, y de las islas Lucayas, apoyándose en las Bermudas, donde tiene enarbolado su pabellon, toca en Terranova, esa isla que mirada á vista de pájaro tiene la forma de un camello arrodillado en el Océano

con la cabeza levantada hácia el Polo. Terranova es la estacion que consigue alcanzar su último esfuerzo; en verdad es gigantesco. Desde allí extiende los brazos y se apropia de un golpe todo el Norte de la América, comprendido entre el Océano Atlántico y el Gran Océano, las islas de la Nueva Escocia, el Canadá y el Labrador, la bahía de Hudson y el mar de Baffin, el Nuevo-Norfolk, la Nueva Caledonia y los archipiélagos de Quadra y de Vancouver, los iroqueses, los chipeouays, los esquimales, los kristinales, los koliougis, y en el momento de apoderarse de los ougalacmioutis y los kitegues, se detiene de pronto. Rusia está allí. Adonde Inglaterra ha llegado por mar, Rusia ha llegado por tierra, pues el estrecho de Behring no se cuenta, y allá, en el círculo polar, entre los horribles y espantados salvajes, entre los hielos y los bancos, á la reverberacion de las nieves eternas, á la luz de las auroras boreales, los dos colosos se encuentran y se reconocen.

Recapitulemos. Inglaterra tiene los seis golfos más grandes del mundo, que son los golfos de Guinea, Oman, Bengala, Méjico, Baffin y Hudson; abre ó cierra, segun le conviene, nueve mares: el mar del Norte, la Mancha, el Mediterráneo, el Adriático, el Jónico, el del Archipiélago, el golfo Pérsico, el mar Rojo y el de las Antillas. Posee en América un imperio, la Nueva-Bretaña; en Asia otro imperio, el Indostán, y en el Gran Océano un mundo, la Nueva-Holanda.

Además tiene innumerables islas esparcidas en todos los mares y en todos los continentes, como asimismo buques en estacion y al ancla, y con unas y otras islas y buques, acoderada ante la Europa, se comunica, por decirlo así, sin solución de continuidad, por sus innumerables naves, que son verdaderas islas flotantes.

El pueblo de Inglaterra no es para el mismo un pueblo soberano, pero es para las otras naciones un pueblo feudal. Feudalmente gobierna dos millones trescientos setenta mil escoceses, ocho millones doscientos ochenta mil irlandeses, doscientos cuarenta y cuatro mil africanos, sesenta mil naturales de Australia, un millon seiscientos mil americanos y ciento veinticuatro millones de asiáticos; es decir, que catorce millones de ingleses poseen en la tierra ciento treinta y siete millones de hombres.

Todos los lugares que hemos citado en las páginas que se acaban de leer son

los puntos de union de la red inmensa con que Inglaterra tiene cogido el mundo.

V.

Hé aquí lo que ha perdido la Turquía.

En primer lugar la inmensidad del territorio formado de Estados yustapuestos y no cimentados. El cimiento de las naciones es un pensamiento comun. Los pueblos no pueden adherirse entre sí como no tengan una misma lengua, cuyas palabras circulan como la moneda del espíritu, de todos poseida y á la vez transmitida de unos á otros. Así que, lo que hace circular la lengua, lo que imprime una efigie á las palabras, lo que crea el pensamiento comun es, antes que todo, el arte, la poesia, la literatura, *humaniores litteræ*; y en Turquía no hubo ni arte, ni letras, ni lengua que circulase de un pueblo á otro, ni pensamiento comun, ni unidad. Aquí se hablaba el latin, allí el griego, acá el esclavo, más allá el árabe, persa ó indo. Esto no era un imperio; era un bloque cortado por el sable, un compuesto híbrido de naciones que se tocaban, pero no se compenetraban. Añadid á esto los desiertos hechos unas veces por la conquista y otras por el clima, esas inmensas soledades que la savia social no podia atravesar.

En segundo lugar, el despotismo del príncipe. El sultan era á la vez pontífice y emperador, soberano temporal y soberano espiritual, jefe político, jefe militar y jefe religioso. Le pertenecian los bienes, cuerpo y espíritu de sus vasallos de una manera absoluta y terrible, como lo suyo y más que lo suyo. Podia condenarlos y castigarlos. Sultán, tenia su vida; príncipe de los creyentes, tenia su alma. ¡Mal haya el individuo que es al mismo tiempo un sér ordinario como hombre y extraordinario como príncipe! Tanto poder es perjudicial al hombre. Ser sacerdote, ser rey, ser Dios, es demasiado. El zumbido confuso de todas las voluntades excitadas que piden á la vez ser satisfechas, ensordece á la vez el pobre cerebro del que lo puede todo, aturde su inteligencia, desarregla la generacion de su pensamiento y le vuelve loco. Se podria decir y demostrar palpablemente que la mayor parte de los emperadores romanos y de los sultanes han vivido en una situacion cerebral particular. Es preciso admitir, pues es in-

questionable, que la historia registra por intervalos el admirable accidente de haber existido un déspota ilustre, inteligente y superior; pero en general y casi siempre, el sultan ha sido un sér vulgar. De aquí que los innumerables desórdenes ocurridos han tenido por causa la horrible oscilacion de una voluntad suprema que choca al azar en el Estado y lo rompe todo. El despotismo útil, expedito, inspirador, algunas veces necesario para los hombres de génio, desvanece y turba al hombre de comprension mediana. El vino de los fuertes es el veneno de los débiles.

En tercer lugar, las revoluciones del serrallo, las conspiraciones de palacio; el déspota extrangulando á sus hermanos y los hermanos envenenando ó degollando al déspota; la desconfianza del padre al hijo y del hijo al padre; la sospecha en el hogar, el odio en la alcoba; enfermedades desconocidas, fiebres sospechosas, muertes sombrías; el eterno complot de los grandes, siempre colocados entre una ascension sin término y una caída sin fondo; los tumultos y los motines de los pequeños, siempre desgraciados, siempre irritados; el terror en la familia imperial; el temor en el imperio; hechos graves, tristes y permanentes que proceden del despotismo.

En cuarto lugar, un gobierno malo, á la vez duro y flojo, que vive tambaleándose entre la voluntad de ese déspota que no piensa nunca y de ese palacio que tiembla siempre; poder sin cohesion sobrepuesto á un Estado sin unidad. Las poblaciones de este imperio semi-bárbaro viven en la oscuridad; de ellas mismas y de las demás, de sus intereses y de su porvenir, apenas saben nada; el gobierno, que debe á guiarlas, lo ignora casi todo, y lo que no ignora lo tiene en poco y lo desprecia. Ahora bien; para los gobiernos como para los individuos, desconocer es peor que ignorar. ¿Dónde irá esa nacion fuerte, poderosa, exuberante, formidable, pero ignorante? ¿Quién la conduce y dónde la conduce? Vá á tientas y vé apenas, y su gobierno vé menos todavía. Extraño espectáculo! Un miope acompañado por un ciego.

En quinto lugar, la servidumbre puesta como una albarda sobre las espaldas del pueblo. Bajo la dominacion turca el labrador no se pertenecia, pertenecia al propietario. Este tenia por primer ganado el rebaño y por segundo el aldeano. Así que la despoblacion era grande en todas partes, no existia verdadero

cultivo y el trabajo del campo era de testado por el labrador. La propiedad y la libertad hacen amar la tierra al hombre; la servidumbre la hace aborrecer. El corazon se oprime estudiando este Estado; examínesele por arriba ó míresele por abajo y se notará que los dos extremos se parecen por la miseria intelectual. ¿Qué puede llegar á ser la sociedad humana entre un príncipe que el despotismo alela y un aldeano que la esclavitud embrutece?

En sexto lugar, el abuso de las colonias militares. Los timariotas eran colonos soldados. Es un error el que tenían los turcos de creer que se rehacia la poblacion de esta manera. Este procedimiento no tiene razon de ser. Un regimiento no puede ser nunca un pueblo. Un regimiento está cortado siempre á escuadra; un pueblo debe elegir su lugar y germinar y desarrollarse naturalmente en él. Un pueblo es un árbol, un regimiento es un madero. Para hacer el soldado se mata al labrador, por lo que, para la vida interior y profunda de los imperios, vale más un labrador que un soldado.

En séptimo lugar, la opresion de los países conquistados: una lengua bárbara impuesta á los vencidos; una noble nacion, ilustre, histórica, grande en los recuerdos y simpatías de Europa, en otro tiempo libre, en otro tiempo republicana, diezmada, extirpada, entregada al sable y al látigo, humillada en el hombre, en la mujer y hasta en el niño; arrancada de su propio suelo, trasplantada á otro lejos del suyo, arrojada de su hogar y subyugada bajo los piés del tirano. Este tratamiento del pueblo vencedor para con el pueblo vencido vá acompañado de gritos de horror y acaba por revolucionar á todo el mundo. Sin embargo, cuando la hora ha sonado, los pueblos oprimidos se levantan y el mundo se pone á su lado.

En octavo lugar, la religion sin inteligencia y la fé sin reflexion, es decir, la idolatría; un pueblo devoto sin percepcion directa de lo bello, lo justo y lo verdadero, que no tiene en la cabeza más que los dos ojos torpes y falsos de su creencia, el hombre y el fatalismo, á través de los cuales vé á Dios.

Así que, lo que perdió á la Turquía fué un gran territorio mal unido, un gobierno ininteligente, las conspiraciones de palacio, el abuso de las colonias militares, la servidumbre del aldeano, la opresion feroz de los países conquistados,

el despotismo en el príncipe y el fanatismo en el pueblo. Piense, pues, en ello Rusia.

Hé aquí lo que perdió á España:

En primer lugar, la manera cómo el suelo estaba poseído. En España, todo lo que no pertenecía al rey pertenecía á la Iglesia ó á la aristocracia. El clero español era, permítasenos esta palabra severamente evangélica, escandalosamente rico. El arzobispo de Toledo, en tiempo de Felipe III, tenía doscientos mil ducados de renta, lo que representa hoy cerca de cinco millones de francos. La abadesa de las Huelgas de Burgos era señora de veinticuatro ciudades y de cincuenta pueblos y tenía la colación de doce encomiendas. El clero, sin contar los diezmos y las prebendas, poseía un tercio del suelo; la grandeza poseía lo restante. Los dominios de los grandes de España eran casi pequeños reinos. Los reyes de Francia desterraban á un duque y par á sus tierras; los reyes de España desterraban á un grande á sus Estados. Los señores españoles eran los mayores propietarios, los mayores agricultores y los mayores ganaderos del reino. En 1617, el marqués de Gebraleon tenía un rebaño de ochocientos mil carneros. De aquí que provincias enteras, como Castilla la Vieja, por ejemplo, se dejaban sin labrar y las abandonaban á los pastos libres. No hay duda que la pequeña propiedad y el pequeño cultivo tienen sus inconvenientes, pero también tienen sus ventajas. Una y otro ligan al pueblo al suelo, individuo por individuo. En cada surco, por decirlo así, se sella un eslabon invisible que une al propietario con la sociedad. El hombre ama la pátria á través del campo que abre la reja del arado. Lo mismo importa que se posea un rincón de tierra que la mitad de una provincia; la gran cuestión es que se posea. Por esto, cuando la Iglesia y la aristocracia lo poseen todo, el pueblo no posee nada; cuando el pueblo no posee nada, no tiene nada, y á la primera sacudida deja caer el Estado.

En segundo lugar, la profunda miseria de las clases inferiores. Cuando todo está arriba, no hay nada abajo. El campo era de los señores, y por consecuencia lo era el trigo y asimismo lo era el pan. Estos vendían el pan al pueblo, y lo vendían caro. Falta execrable, que cometen siempre todas las aristocracias. De aquí nacían hambres ficticias. En tiempo de Carlos V, en los inviernos rigurosos, los pobres morían de frío y de hambre por las calles de Madrid. Resultado:

la profunda miseria engendra el profundo rencor. El hambre hace un agujero en el corazón del pueblo y por él entra y se apodera el odio, y llega un día en que todos los pechos se abren y sale una revolución.

Esperando que estallen las revoluciones, el robo se organiza. Los ladrones eran los dueños de Madrid. Ellos componían una banda, pero en Madrid formaban una corporación. Todo viajero prudente capitulaba con ellos, y antes de ponerse en camino contaba entre los gastos de su viaje la parte que les tenía que dar. Nadie salía de su casa sin llevar la bolsa que había de entregar á los ladrones. Durante la menor edad de Carlos II, en tiempo del ministerio del segundo Don Juan de Austria, el corregidor de Madrid dirigió una solicitud á la Regente suplicándole que alejase de la villa al regimiento de Aytona, porque los soldados, una vez llegada la noche, ayudaban á los bandidos á saquear á los habitantes de la población.

En tercer lugar, la manera cómo estaban poseídos y administrados los países conquistados y los dominios de Ultramar. Para todo el Nuevo Mundo no había más que dos gobernadores, el virrey del Perú y el virrey de Méjico, y estos dos gobernadores por lo regular eran malos. Representantes de España, la calumniaban por sus exacciones y la hacían odiosa. A aquellos pueblos lejanos solo mostraban dos fases, la codicia y la crueldad, robando los bienes y oprimiendo al hombre. Acababan con los príncipes naturales del país y exterminaban las poblaciones indígenas. En cuanto á los vireinatos de Europa, había un proverbio italiano que expresa enérgicamente lo que era la dominación española, y dice así: *El oficial de Sicilia roe, el oficial de Nápoles come, el oficial de Milán devora.*

En cuarto lugar, la intolerancia religiosa. Quizás más adelante volvamos á hablar de la Inquisición; ahora solo diremos que los obispos ejercían una influencia inmensa en España. Clases enteras como los herejes y los judíos estaban fuera de la ley. Todo clero pobre es evangélico; todo clero rico es mundano, sensual, político, y por consecuencia intolerante. Su posición es codiciada, tiene precisión de defenderse, necesita un arma, y la intolerancia es una. Con esta arma hiere á la razón humana y mata la ley divina.

En quinto lugar, la enormidad de la deuda pública. Por rica que fuere España,

los gastos que tenía agotaban sus recursos. Los despilfarros de la corte, los excesivos sueldos de los dignatarios, los beneficios eclesiásticos, la úlcera de la miseria popular, engrandecida cada día más; la guerra de los Países-Bajos, las guerras de América y de Asia, el presupuesto costoso de la policía secreta, la conservación de los agentes ocultos que tenía por todas partes, el trabajo subterráneo de la intriga universal, que era preciso pagar y sostener en todo el mundo, esas mil causas consumieron por completo á España. Los cofres estaban siempre vacíos. Se esperaba el galeón, y según escribía el mariscal de Tessé, *si alguna tempestad lo hacia naufragar ó algún enemigo lo apresaba, todo se resentía de una manera alarmante.* En tiempo de Felipe III, el marqués de Spínola se vió obligado á pagar con sus propias rentas el ejército de los Países-Bajos. Hace dos siglos, Europa, en lo que tiene relación con el estado financiero, se parecía á una familia mal administrada: las monarquías representaban el papel del hijo pródigo y las Repúblicas eran el usureiro. Esta es la historia eterna del hidalgo pidiendo prestado al mercader. Nosotros hemos visto que Suiza vendía ejércitos y Holanda, Venecia y Génova vendían dinero. Así que, un príncipe compraba á los trece cantones un ejército completo, los cantones entregaban el ejército en el día marcado y Venecia pagaba; más tarde, cuando Venecia se tenía que reembolsar, el príncipe le daba una provincia, á veces un Estado, y así iban pasando. España levantaba empréstitos por todas partes y debía á todos. En 1600 el rey Católico debía solamente á Génova diez y seis millones de oro.

En sexto lugar, la falta cometida con una nación vecina, una nación hermana, por decirlo así, que había vivido largo tiempo aparte y había tenido sus principios y sus señores particulares; ésta fué invadida un día por sorpresa, casi por traición, y reunida violentamente á la monarquía central, convirtiéndola, de reino que era, en provincia y tratándola como país conquistado.

En séptimo lugar, la naturaleza del ejército en España. El ejército de tierra era de poca importancia comparado con el del mar. El poderío español descansaba principalmente en la flota. Esto era aventura de la armada es la historia de España. Una racha de viento, llámese tromba como en Europa ó tifón como

en China, puede soplar en todas épocas. ¡Desgraciado el poder sobre el cual descansa el viento!

En octavo lugar, el esparcimiento del territorio. Las vastas posesiones de España, diseminadas por todos los mares y rincones de la tierra, no tenían con ella ninguna adherencia. Algunas, como por ejemplo las Indias, estaban á cuatro mil leguas de la metrópoli, y como ya lo hemos indicado, no estaban ligadas más que por la estela de sus barcos. ¿Y qué es la estela de un barco? Un hilo. ¿Y cuánto tiempo se puede tener un mundo atado con un hilo?

El año pasado encontramos un viejo libro lleno de polvo, que nadie lee hoy y que nadie quizá leyó cuando vió la luz pública. Es un tomo en cuarto titulado: *Disertacion sobre la monarquía de España*, publicado, sin nombre del autor, en París, el año 1617 en casa de Pedro Chevalier, calle de Saint-Jacques, con la muestra de San Pedro en la tienda, cerca de los Mathurins. Al azar abrimos este libro y dimos en la página 152 con el siguiente pasaje, que transcribimos textualmente:

“Algunos son de opinión que esta monarquía no puede ser de larga duración, con motivo de tener sus posesiones tan separadas y esparcidas, lo cual obliga á gastar sumas increíbles para el sostenimiento de los buques y hombres que ha de enviar á sus dominios; y tanto es así, que si los naturales de los países lejanos considerasen cuán pequeño es el número de los españoles, y se inspirasen valor unos á otros, y se ligasen contra ellos, conquistarían su independencia.”

Esta loca profecía se atrevía á escribir, á imprimirla, un desconocido en 1617, en la época en que la Europa temblaba ante España, en el apogeo de la monarquía castellana. Esta loca profecía, no obstante, era el porvenir. Doscientos años más tarde se cumplía en todos sus detalles, y hoy cada palabra del anónimo autor de 1617 se ha convertido en un hecho: las *tierras esparcidas* trajeron *gastos increíbles*, la metrópoli quedó agotada en *hombres y en buques*, y *los naturales de los países lejanos comprendieron que era pequeño el número de los españoles y se animaron y se ligaron contra ellos y los arrojaron de sus dominios.* En estas palabras se podría decir que está predicho Bolívar.

Hace dos siglos toda la América era un grupo de colonias; hoy, reacción digna de tenerse en cuenta, toda la Amé-

rica, excepto el Brasil, es un grupo de Repúblicas.

Así que lo que perdió á España fué una aristocracia rica, que poseía todo el territorio de la nación y vendía el pan al pueblo; un clero opulento, preponderante y fanático, que ponía fuera de la ley clases enteras de regnicolas; la intolerancia episcopal; la miseria del pueblo; la enormidad de la Deuda; la mala administracion de los vireyes lejanos; la falta cometida con una nación hermana, tratándola como país conquistado; la fragilidad de un poder esencialmente marítimo sentado en las ondas del Océano; la diseminación del territorio por todas las partes del globo; la falta de adherencia de las posesiones con la metrópoli, y la tendencia de las colonias á convertirse en naciones. Piense, pues, en ello Inglaterra.

En fin, para resumir lo que es comun al imperio otomano y á la monarquía española, es el egoísmo, un egoísmo implacable y profundo—; cosa extraña, egoísmo y falta de unidad!—Una política inmoral, violenta aquí, engañosa allá, haciendo traición á las alianzas para servir á sus intereses; ser la una el espíritu militar sin las cualidades caballerescas que hacen del soldado el apoyo de la sociabilidad; ser la otra el espíritu mercantil sin la inteligente probidad que hace del mercader el lazo que une los Estados; representar, como ya lo hemos dicho, el primero la barbarie, la segunda la corrupción; en una palabra, ser el uno la guerra y la otra el comercio, sin ser ninguno de los dos la civilización; hé aquí lo que hizo caer á los dos colosos de ayer.

Ténganlo presente los dos colosos de hoy.

VI.

Antes de pasar adelante, tenemos necesidad de manifestar que esto no es más que un frío y grave estudio de la historia. El que escribe estas líneas comprende los odios de los pueblos, las antipatías de las razas, las obcecaciones de las nacionalidades, y las excusa, pero no participa de ellas. Nada de lo que se acaba de leer, ni de lo que se leerá aun, contiene una reprobación que pueda caer sobre los pueblos de quienes el autor habla. El autor censura alguna vez á los gobiernos, jamás á las naciones. En general, las naciones son lo que ellas deben ser: la raíz del bien existe en ellas; Dios

la desarrolla y la hace producir frutos. Los mismos cuatro pueblos de quienes se traza aquí la pintura prestarán á la civilización notables servicios el día que acepten como objeto especial de sus aspiraciones el objeto comun de la humanidad. España es ilustre, Inglaterra es grande, Rusia y hasta la misma Turquía encierran muchos de los mejores gérmenes del porvenir.

Dicho esto, aun tenemos el deber de declarar, con la profunda independencia de que hacemos gala, que no extendemos hasta los príncipes lo que decimos de los gobiernos. Nada es más fácil hoy que insultar á los reyes. El insulto á los reyes es una lisonja dirigida á otra parte. Esto supuesto, adular á quienquiera que sea, de esta manera pública ó particularmente, es una idea que el que esto escribe no tiene necesidad de rechazar; se siente libre y es libre, porque reconoce que tiene fuerzas suficientes para alabar en cualquiera ocasión lo que le parezca laudable, aunque la persona á quien tuviese que dirigir las alabanzas fuese un rey. Jamás, y esto lo dice muy alto y con plena convicción; jamás, y esto prueba la excelencia de nuestro siglo, en ningún tiempo, sea la que se quiera la época de la historia que se quiera confrontar con la nuestra, los príncipes y los pueblos han valido lo que valen ahora.

Por más que se busque en el exámen histórico que nos ocupa alguna aplicación injuriosa para el honor de las monarquías ó para la dignidad de las naciones, no se encontrará. Esto, antes que todo, es un trabajo filosófico y especulativo. Esto son hechos generales y nada más; ideas generales y nada menos. El autor no abriga ningún resentimiento en su alma. Espera cándidamente el porvenir sereno de la humanidad. Tiene esperanza en los príncipes y fé en los pueblos.

VII.

Esto dicho una vez para siempre, continuemos el exámen de las semejanzas entre los dos imperios que han alarmado el pasado y los dos imperios que inquietan el presente.

Primera semejanza. Hay tanto de tártaro en el turco como en el ruso. El génio de los pueblos guarda siempre algún destello de su origen.

Los turcos, hijos de los tártaros, son los hombres del Norte, que han entrado

en Europa por el Mediodía, bajando á través del Asia.

Napoleon en Santa Elena ha dicho: *Raspad al ruso y hallareis al tártaro*. Lo que ha dicho del ruso se puede decir del turco.

El hombre del Norte, propiamente dicho, es siempre el mismo. En ciertas épocas climatéricas y fatales baja del Polo y se deja ver de las naciones meridionales; luego se vá y vuelve dos mil años despues, encontrándole la historia tal como lo habia dejado.

Hé aquí una pintura histórica que tenemos á la vista en este momento: "Este es verdaderamente el hombre bárbaro. Sus miembros rechonchos, su cuello grueso y corto y no sé qué de repugnante que tiene, le asemejan á un mónstruo de dos piés ó á esos balaustres tallados groseramente en forma de figuras humanas que sostienen los tramos de las escaleras. En él todo es salvaje. Se pasa sin fuego siempre hasta para preparar su alimento. Come raíces y carnes cocidas, ó mejor dicho, podridas bajo la silla de su caballo. No se cobija bajo techado, sino cuando no puede pasar por otro punto. Las casas le infunden horror como si fueran tumbas. Camina por valles y por montes indistintamente, y sabe desde la infancia soportar el hambre, la sed y el frío. Lleva un gran gorro de pelo en la cabeza, una faldilla de lana en el vientre, dos pieles de macho cabrío en las piernas y en la espalda una capa de pieles de rata cosidas. No sabría combatir á pié. Las grandes botas que lleva entorpecen la acción de sus piernas, tanto, que no puede moverlas y queda clavado á la silla, de manera que no hacen más que uno él y su caballo, el cual es tan ágil y vigoroso como pequeño y feo. Vive á caballo, hace sus negocios á caballo, compra y vende á caballo, bebe y come á caballo, duerme y sueña á caballo.

"No labra jamás la tierra, no cultiva los campos, no sabe siquiera lo que es un arado. Vá siempre errante, como si buscara una patria ó un hogar. Si le preguntais de dónde es, no sabrá qué decir. Hoy está aquí, pero ayer estaba allí; se crió allá abajo, pero nació mucho más lejos.

"Cuando principia la batalla lanza un alarido feroz, llega, hiere, desaparece y vuelve á aparecer como un relámpago. En un instante asalta y roba el campo sitiado. Combate de cerca con el sable y de lejos con una lanza cuya punta tiene en artístico mango."

Este es el hombre del Norte. ¿Por quién ha sido bosquejado, en qué época y de qué original se ha sacado la copia? ¿Sin duda en 1814, por algún asustado redactor del *Moniteur*, y sacada de algún cosaco, en el tiempo en que la Francia retrocedía ante ellos? No, ese cuadro ha sido pintado teniendo por modelo á los hunnos en 375 y por pintores á Ammien Marcellin y Jordanis (1), en el tiempo en que el poder de Roma se eclipsaba. Mil quinientos años han transcurrido, la figura ha reaparecido, el retrato se parece todavía.

Notemos de paso que los hunnos del año 375, como los cosacos de 1814, venían de las fronteras de la China.

El hombre del Mediodía cambia, se transforma y se desarrolla, florece y fructifica, muere y renace como la vegetación; el hombre del Norte es eterno como la nieve.

Segunda semejanza. En Rusia, como en Turquía, nadie adquiere definitivamente ni posee enteramente, ni es hereditario necesariamente de nada. El ruso, como el turco, puede, si así es la voluntad ó el capricho de su señor, perder su empleo, sus grados, su rango, su libertad, sus bienes, su nobleza, hasta su nombre. Todo es del monarca, como en ciertas teorías, más exageradas que peligrosas, que en vano tratará de ensayar la imaginación francesa, todo será de la comunidad. Hagamos, sin embargo, constar un hecho, que entregamos á la meditación de los demócratas absolutos, y es que la base del despotismo es el nivelar. El despotismo realiza la igualdad debajo de él. Si el despotismo es completo, la igualdad es completa. En Rusia, como en Turquía, exceptuando la rebelión, que no es un hecho normal, no hay nada que tenga una existencia decidida y virtualmente resistente. Un príncipe ruso desaparece con la misma facilidad que un pachá; el príncipe, como el pachá, puede convertirse en simple soldado y no ser en el ejército más que un cero que tiene por cifra un cabo. Un príncipe ruso se crea como un pachá. Un buhonero se convierte en Mehemet-Alí; un aprendiz de pastelero se convierte en Menzikoff. Esta igualdad, que hacemos constar aquí sin juzgarla, llega hasta el mismo trono y es regla constante siempre en Turquía, y á veces en Rusia. Una esclava es sultana; una cantinera ha sido czarina.

El despotismo, como la demagogia,

(1) Véase Jordanis XXIV.—Ammien Marcellin XII.